

CAPITULO XV.

EL LECTOR ENCUENTRA A LOS POLLOS
Y SE ENTERA DE LO QUE LES SUCEDIÓ DESPUES DE
LA CENA EN FULCHERI.

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

- Pio, es necesario que nos matemos.
- Nos mataremos, contestó Pio Blanco.
- Pero señores, exclamó Pio Prieto, veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.
- Solo con la muerte de uno de los dos, insistió Arturo.
- Supuesto que por una..... chiquilla, quiere Arturo batirse, yo le daré gusto, pero la chica no vale la pena.

—¡Miserable! exclamó Arturo tomando una actitud de tenor *sfogatto*.

Pepe y Pio Prieto se interpusieron.

Pio Blanco tenia calma, tal vez por la conviccion de su falta, pero no se retractaba.

En seguida Arturo prorumpió en asquerosos denuestos, en insultos soeces, en palabras inmundas y queria comerse á Pio Blanco. Le escupió á la cara.

Pepe contenia á Arturo.

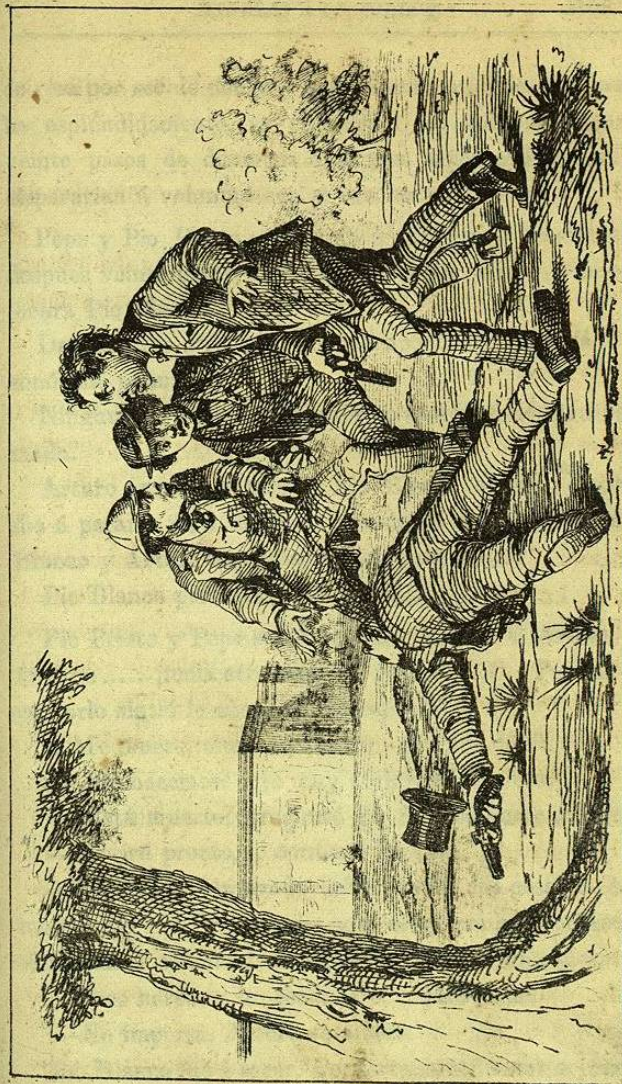
Pio Prieto procuraba inducir á Pio Blanco á que arreglara el asunto, ofreciendo no volver á ver á Concha; pero Pio Blanco no transijia y Arturo estaba cada vez mas furioso.

Aquel altercado en la mitad de la noche, llamó la atencion de los guardas, quienes á paso acelerado se dirigian ya hácia los pollos; pero estos para quienes un guarda-faroles era un gavilan, se escurrieron bonitamente tomando en silencio la direccion de las calles de Plateros.

Media hora despues, los cuatro pollos estaban en la colonia de los Arquitectos.

Arturo como á cincuenta pasos de Pio Prieto y de Pepe, que arreglaban, como padrinos, las condiciones del duelo, y Pio Blanco estaba á otros cincuenta pasos distante, en direccion opuesta.

Despues de una larga conferencia, Pepe se volvió á donde estaba Arturo y Pio Prieto á donde estaba Pio Blanco, y en seguida volvieron á reunirse; esto se repitió varias veces hasta que quedó definitivamente arregla-



EL desafío.

do que por ser de noche y aun cuando la luna alumbraba espléndidamente, se colocarían los contendientes á veinte pasos de distancia y á una señal avanzarían y dispararían á voluntad con el revólver.

Pepe y Pio Prieto colocaron á Arturo, y avanzando despues veinte pasos, señalaron el lugar para que se colocara Pio Blanco.

Despues Pio Prieto y Pepe se apartaron á un lado y sonó una palmada.

Ninguno de los contendientes se movió: sonó otra palmada.

Arturo avanzó de prisa y Pio Blanco apuntó; Arturo iba á pararse para disparar cuando se oyó el tiro de Pio Blanco y Arturo cayó disparando su pistola.

Pio Blanco permaneció en guardia.

Pio Prieto y Pepe se acercaron corriendo á Arturo, lo tocaron..... ¡tenia atravesado el pecho!..... Pepe al levantarlo sintió la sangre en la espalda.

—Me muero, murmuró Arturo con voz débil.

—Qué hacemos? dijo muy aflijido Pio Prieto.

—¿Está muerto? preguntó Pio Blanco acercándose.

—Morirá pronto, le contestó Pepe.

—Fué una calaverada haber hecho las cosas de este modo, dijo Pio Prieto; pero aquí tengo amigos, tocaremos allí, añadió señalando una puerta al fin de una tápia.

—Pero haremos un escándalo, objetó Pepe.

—No importa, Arturo se muere.

Pio Blanco fué á tocar. Por fortuna contestaron pronto.

—¿Quién?

—Soy yo, Victoriano, dijo Pio Prieto; abre que importa.

—¿Es V. el niño Pio?

—Sí, yo soy, abre.

Pepe y Pio Prieto venian cargando á Arturo. Victoriano era el cuidador de una de las casas de campo de la colonia.

Se instaló al herido en la pobre cama, caliente aun, de Victoriano, y Pepe salió en busca de un médico: entre tanto Pio Prieto y Pio Blanco aflojaron los vestidos á Arturo, que habia caido ya en la postracion de la muerte.

Victoriano propuso á los pollos que vendaria al herido y así lo hizo, rompiendo una sábana. Victoriano habia sido soldado de la ambulancia, de manera que la venda aunque inútil estaba al ménos bien puesta. En seguida puso lienzos mojados sobre las dos heridas que no cesaban de sangrar.

Hora y media despues se oyó el ruido de un coche; venian en él Pepe y un médico.

Arturo no habia vuelto á hablar: su cuerpo solo producía un sonido estertoroso y lento.

El médico movió la cabeza, tocó el pulso, se volvió hácia los pollos, que estaban descoloridos, é hizo una señal desconsoladora. Pocos momentos despues espiró Arturo, á la sazón que en el horizonte se destacaba una zona sonrosada y por todos los ámbitos de la ciudad cantaban los gallos.

El médico se despidió y Pepe y los dos Pios se quedaron viéndose por largo tiempo sin proferir una sola palabra. Los pollos estaban apurados.

En su carácter de tempraneros los pollos habian cumplido su mision, ya habian entrado en singular combate; pero aquel muerto hablaba elocuentemente con su silencio.

Un muerto siempre es una cosa muy seria, aun entre los pollos.

Arturo, el espigado, el simpático, el elegante, yacia exánime.

¿Qué harian con aquel cadáver? ¿quien se encargaría de llevar la fatal noticia á la familia del muerto? ¿qué partido tomaria el asesino?

Véamos de qué manera resolvian los pollos estas importantes cuestiones.

Desde que Dumas inundó la América española de novelas, sembró con buen éxito algunas frases que recogieron los pollos.

Esta es una de ellas:—*¿Y bien?*

Era preciso que despues de la perplejidad, un pollo rompiera el silencio de este modo, así es que Pio Prieto exclamó:

—¿Y bien?

Pio Blanco contestó:

—¡Ps!

Y Pepe se encogió de hombros.

—Sí: respondió Pio Blanco.

Los pollos estaban lacónicos: su verbosidad se plegaba ante el cadáver.

El pollo de buena ley, el pollo de estos tiempos que corren, el pollo que mata y se suicida, y enamora y seduce y se embriaga, tiene todavía su fibra patética delante de los muertos.

Parece que no hay cadáver que no tenga el dedo en la boca diciendo: ¡silencio!

Los pollos estaban hablando quedo, como si temiesen que los oyera Arturo.

No hay quien no respete la soñada sensibilidad del tímpano auditivo de un muerto.

Vivid, sentid, y el mundo sin consideracion os atronará los oídos aun cuando os lastime; pero tan luego como esteis en la imposibilidad de oír, guardarán silencio los que os rodean, os cuidarán de las moscas, y no moverán vuestro cuerpo yerto sino con esquisito cuidado: ya no hablarán mal de vos como si temieran que abriérais un ojo, que es la ehanza mas pesada de un muerto.

Los pollos hacían todo esto, chupando cigarros. El cigarro es la mamadera de las grandes situaciones.

El hombre como siente y como piensa, fuma. Se afije, se mortifica, se avergüenza, y fuma.

No sabe que hacer, y fuma.

Tiene mucho qué hacer, y fuma.

Mira á un muerto, y fuma.

El cigarro es un problema sin solucion.

El hombre para quien han sido, son y serán humo mu-

chas cosas, se familiariza con el humo. A la pobre inteligencia humana le queda mucho que averiguar, tiene delante siempre lo indefinido, lo abstracto, lo desconocido, y pasa por el mundo dejando sin solucion la mayor parte de lo que vé.

Por eso fuma el hombre: tal vez esa nubecilla que tanto se empeña en hacer permanente delante de sus ojos, es la significacion de todo lo que ignora.

Los pollos fumaban con teson, y como dicen los fumadores, *coleaban*: lo cual quiere decir en el tecnicismo de este gran negocio de la humanidad, encender un nuevo cigarro en el cabo del anterior.

Pero humo no era lo que allí se necesitaba; y los pollos entretanto no tomaban ningun partido.

Dejando al muerto, salieron de la habitacion á buscar en el fresco ambiente de la mañana, la anhelada inspiracion.

—Decididamente, exclamó Pio Prieto con aire magistral, Pepe irá á llevar la noticia.

—¿Yo? dijo Pepe.

—Sí: entretanto yo me quedo aquí y Pio Blanco se esconde.

—¡Escondermel dijo Pio Blanco con una entonacion propia de D. Sancho el Bravo.

—Sí, esconderte, insistió Pio Prieto: has matado un hombre.

—Pero en buena lid, como caballeros.

—Lo cual no impediré que te aprehendan, porque las leyes no entienden de buenas lides.

—Pues no me escondo: en tal caso me denunciaré á la justicia y sufriré las consecuencias.

—No seas tonto, ocúltate mientras arreglamos las cosas y despues veremos.

—No señor, mi partido está tomado. Abur, caballeros, dijo Pio Blanco calándose el sombrero hasta las cejas.

—Oye! oye! le gritaron Pepe y Pio Prieto.

Pio Blanco desapareció.

Pio Prieto y Pepe se descartaron por lo pronto de una dificultad: quedaba en pié la del muerto.

Pepe por fin fué el encargado de dar la noticia.

Pio Prieto se quedó cuidando el cadáver. Este es un cumplimiento á que todos los muertos son acreedores, y es tan estricto el ceremonial en este punto, que hay ricos que pagan veladores que hagan durante una noche los honores al muerto.

Esta antesala postrera es indispensable.

Pio Prieto cumplia por su parte, justo es decirlo, con toda la hombría de bien y con toda la circunspeccion que el caso requería.

Delante del muerto fué cuando aquel pollo comenzó á horrorizarse, al grado de proponerse sériamente no hacer el amor sino á pollas libres.

Pio Blanco estaba á eso de las ocho de la mañana bajo el portal del palacio municipal. Acababa de preguntar á un policía por el señor juez en turno.

—No ha venido, le habian contestado, y Pio Blanco se puso en atalaya. Poco despues de las ocho llegó el juez, que lo era el señor Lic. D. Manuel Flores Alatorre: el pollo lo siguió de cerca, subió los dos tramos de la escalera y despues el tercer tramo, que conduce al vestíbulo de la alcaldía y del juzgado.

El escribano de actuaciones, dos escribientes y dos querellantes, estaban esperando al señor juez, quien despues de saludar se encaramó en su plataforma y tomó asiento delante de su mesa de despacho.

Pio Blanco habia quedado de pié á la puerta, sin que nadie se apercibiera de él, hasta que subiendo á su vez á la plataforma dijo al juez:

—Señor juez en turno, tengo un asunto reservado y de la mayor importancia.

—En ese caso, dijo el juez, sírvase usted pasar á este gabinete. Y condujo á Pio Blanco al gabinete contiguo.

Cuando el juez hubo cerrado la puerta, Pio Blanco habló de esta manera:

—Señor juez, anoche he tenido un lance de honor y he muerto á mi adversario.

Esta introduccion requería una exclamacion, ó cuando menos un movimiento de parte de una persona que no fuera un juez de lo criminal, de manera que la imperturbable fisonomía del juez apenas se contrajo.

—¿Y quién era el contrario? dijo el juez.

—Mi amigo Arturo L*** ha muerto, señor juez, él lo quiso, él provocó el lance, pero yo que soy un caballero

y que respeto la ley, vengo á presentarme para que se me castigue.

Pio Blanco esperó que el juez hablara, seguro de oír un pañejírico elocuente acerca de aquella conducta que al pollo le parecia heróica, casi novelesca.

Pero el juez manifestó la misma indiferencia y despues de haber escuchado con mucha atencion, mandó extender en forma las primeras diligencias, y dos horas despues, Pio Blanco se encontraba formalmente preso.

A las diez de la mañana comenzó á circular por todas partes la fatal noticia; la familia de Arturo estaba inconsolable, y como el pollo muerto pertenecia á una clase elevada de la sociedad, el ruido fué mayor y mayores las demostraciones y el movimiento en los altos círculos.

Entraron en escena media docena de pollas encopetadas, como acreedoras á pasados guiños y galanterías. Quién de ellas recordaba cierta danza, aquella una declaracion amorosa, la otra un *bouquet*, (entre pollas sería muy prosaico decir ramillete). Finalmente, las pollas cumplan con el deber de los honores póstumos, y sin disputa aquellos fueron los momentos en que el pobre Arturo gozó de mejor reputacion en toda su vida.

Un periódico dió al dia siguiente la noticia, y la reprodujeron los demas, algunos con tal ó cual moraleja: en la tarde se verificó el entierro en el panteon de San Fernando, pues en concepto de toda la familia, hubiera sido una verdadera calamidad que el cuerpo se hubiera sepul-

tado en Santa Paula, panteon desprestigiado y poco elegante.

La causa siguió sus trámites y Pio Blanco pasó á la cárcel de Belen.

Pio Blanco convertido en héroe de ca'abozo, acabó de perder en el encierro el aire de encogimiento y de debilidad, propio de su edad, y se convirtió en un hombre avezado á las penalidades. Como se trataba de un pollo fino se ablandó el alcaide, y el separo de Pio era invadido frecuentemente por una bandada de pollos que formaban corro, improvisaban almuerzos y llevaban dulces, pasteles, puros y botellas de cognac al preso.

Este era visto por sus compañeritos con una especie de consideracion respetuosa, que ellos mismos se prescribian; y ese sentimiento no era la consideracion, ni mucho menos el interés que inspira la desgracia, sino que cosa rara! habia algo de envidia en los pollos; algunos de ellos cuando salian de visitar al preso casi deseaban encontrarse en igual posicion y ser el objeto de las miradas, de las conversaciones y de los cuidados de los amigos.

Por supuesto que no habia uno solo de aquellos pollos que no aplaudiera la conducta de Pio Blanco, porque los que la reprobaban, quiere decir, los amigos de Arturo, no visitaban al preso.

Pio Blanco llegó á convencerse de que habia hecho una gracia.

Dos pollos, los mas chicos, casi recién emplumados y condiscípulos de Pio Blanco, hablaban así:

—¡Canario! dijo uno con voz de monaguillo, ya Pio Blanco es todo un hombre, ha tenido un desafío.

—Se ha batido, interrumpió el otro pollo.

—Y ha matado á su adversario.

—Este duelo no acabó como yo he oido decir que acaban muchos: en la fonda.

—Ya se vé.

—Será cosa en lo de adelante de no hablar récio á Pio Blanco.

—Ya tiene fama de valiente.

—¿Y qué le harán?

—Cómo qué? nada: ya sabes que estos negocios suelen ser largos, pero siempre se sale bien.

—He oido decir que mudarán de juez.

—Será mejor.

Y los pollos entraban y salian á la prision, y Pio Blanco era sin cesar el objeto de las atenciones y los cuidados de sus amigos.

Pedrito habia sido de los primeros en visitar á Pio Blanco, pero al dia siguiente, Pedrito, Pepe y Pic Prieto estaban presos tambien.

Concha por lo tanto no tenia á donde volver los ojos.

¡Pobre Concha!

Concha habia entrado al mundo como una alimaña que se hubiese metido quebrando el vidrio de una ventana: habia roto el cristal de su pureza.

Despues de esta atrocidad la muger tiene dos caminos: todas las saben y todas las ven claro.

Concha lo sabia tambien, y tanto lo sabia que sumó.

—Pio Blanco nada tiene, pensó.

Esta frase la pronuncia la muger, haciendo una suma en la que el corazon es un guarismo.

Cuando la muger piensa así, su operacion aritmética siempre le dá un buen resultado.

Concha estuvo sola nueve dias.

Al décimo se encerró en su tocador y comenzó á vestirse sus mejores prendas.

Se puso un vestido de gró negro adornado con blondas, terciopelo y abalorios, y ajustó á su cuerpo un elegante saco de terciopelo negro, se cubrió la cabeza con un velo, tomó una sombrilla, un devocionario, un magnífico pañuelo y salió á la calle.

Concha iba á misa: era domingo.

A las once atravesaba las calles de Plateros, y caminaba despues entre dos filas de curiosos, colocados bajo los árboles del átrio de Catedral.

Produjo, como era natural, un grande efecto: cada corro refrescó las especies, las palabras "esa es" pasaron de grupo en grupo; la heroina del duelo de Arturo se exhibia al través de un velo negro, velo que daba realce á la hermosura de Concha, segun la opinion de algunos pollos.

Concha se arrodilló y oró.

Dios recibe las oraciones de los justos y de los pecadores.